

G.W.F. Hegel
¿Quién piensa abstractamente?
(*Wer denkt abstrakt?*)

¿Pensar? ¿Abstractamente? *Sauve qui peut!* -¡Sálvese quien pueda! Ya escucho exclamar a uno de los traidores comprados por el enemigo, pregonando que este ensayo será un discurso de metafísica. Pues “metafísica” es la palabra, al igual que “abstracto” y casi también “pensar”, de la que todo el mundo huye más o menos como de alguien atacado por la peste.

Pero no es tan malo que aquí deba ser aclarado qué es ‘pensar’ y qué es ‘abstracto’. Nada es tan insoportable para *el buen mundo* como la explicación. Para mí ya es suficientemente repulsivo cuando alguien comienza a explicar, pues, en el peor de los casos, termino entiendo todo por mí mismo. Aquí la explicación del pensamiento y de lo abstracto se muestra, de cualquier manera, como completamente superflua, porque, precisamente, dado que el *buen mundo* sabe qué es lo abstracto, huye de ello. Así como no se desea lo que no se conoce, tampoco se le puede odiar.

Tampoco se trata aquí de querer reconciliar astutamente al *buen mundo* con el pensamiento o con lo abstracto, como si, bajo la apariencia de una conversación ligera, se les intentara introducir clandestinamente. Así, desapercibidamente y sin haber despertado ninguna repulsión, se colarían en la sociedad, e incluso serían adoptados imperceptiblemente por la sociedad misma, o, como dicen los Suabos, “echarían raíces” en ella. De esta manera, antes incluso de que el autor de esta confusión destapara la presencia de este huésped extraño, éste ya sería tratado y reconocido bajo otro título como un viejo conocido. Tales escenas de conocimiento, a través de las cuales debe ser instruido el mundo en contra de su voluntad, tienen el defecto, poco

excusable, de que al mismo tiempo humillan, y de que el que las teje habrá querido con ello hacerse de una pequeña fama; pero, de esta manera, dicha humillación y esta vanidad suprimen el efecto, y alejan, nuevamente y aún más, una lección pagada a tan alto precio.

En cualquier caso, la preparación de un plan así estaría condenada al fracaso, porque exigiría, para su realización, que la palabra del enigma no fuese revelada. Pero esto ha sucedido ya en el título de este escrito. Si se tratara aquí de utilizar este ardid, no se les habría permitido a las palabras entrar en escena desde el principio, sino que, como el ministro de la comedia, se habría requerido de ellas que rondaran ocultas bajo su abrigo durante toda la obra, y sólo hasta la última escena lo desabotonaran, dejando entonces destellar la estrella de la sabiduría. El destape del abrigo metafísico sería, en todo caso, menos eficaz que el del ministro, pues lo que el primero traería a la luz no sería más que un par de palabras, y la mejor parte de la diversión consistiría en mostrar que la sociedad ya estaba en posesión desde hacía tiempo de la cosa misma; así que, lo que se ganaría, al final, no sería más que el nombre, mientras que la estrella del ministro significa algo más real: un saco con dinero.

Que todos los presentes saben lo que es pensar y lo que es abstracto es algo que se presupone en una buena sociedad, y nos encontramos en una de ellas. La pregunta es simplemente *¿quién* es el que piensa abstractamente? El propósito no es, como ya se ha recordado, el de reconciliar a la sociedad con estas cosas, esperar de ella que ceda ante algo difícil, apelar a su conciencia de que ha descuidado irreflexivamente aquello que tiene rango y status para un ser dotado de razón. Más bien, el propósito es reconciliar al *buen mundo* consigo mismo, aunque éste ni siquiera tenga conciencia de este descuido. Sin embargo, internamente, tiene un respeto consciente por el pensamiento

abstracto, como si fuera algo más elevado, y aparta la mirada de él no porque le parezca muy bajo, sino porque lo ve como muy alto; no, pues, porque le parezca muy común, sino más bien porque lo ve demasiado distinguido; o, por decirlo de otra manera, porque se le aparece como una *espèce*, como algo especial, como algo que no otorga distinción en la sociedad en general, como a través de un nuevo ropaje, sino que, más bien, excluye de la sociedad y nos vuelve ridículos. –Tal y como, a través de un atuendo pobre, o incluso de uno rico, si está decorado con antiguas piedras preciosas pasadas de moda, o con adornos muy ricos, pero que hace ya tiempo se volvieron “chinos”.

¿Quién piensa abstractamente? El hombre inculto, no el culto. Por ello, la buena sociedad no piensa abstractamente, porque eso es demasiado fácil, demasiado vulgar; vulgar no según un estatus externo o por una nobleza vacía que se pone por encima de lo que no es capaz, sino debido a la inferioridad intrínseca de la cosa.

El prejuicio y el cuidado por el pensar abstracto es tan grande que, en este punto, las narices delicadas empezarán a olfatear algo de sátira o ironía; sólo ellas saben, porque son lectoras del *Morgenblattes*¹, que ha sido puesto un premio por la sátira, y que yo, por tanto, debería competir para ganármelo, antes que rendirme sin mayores esfuerzos.

Sólo necesito aducir algunos ejemplos para mi tesis, ante los que todo el mundo convendrá en confirmarla. Un asesino es conducido al patíbulo. Para el común de la gente él no es más que un asesino. Quizá las damas hagan notar que es un hombre fuerte, bello e interesante. El pueblo, sin embargo, considerará terrible esta observación: ¿qué belleza puede tener un asesino?, ¿cómo se puede pensar tan perversamente y llamar bello a un asesino? ¡Sin

¹ Hegel hace referencia a la publicación *Morgenblattes für gebildete Stände*, publicada el 1 de enero de 1807, en Stuttgart y en Tübingen, y cuya segunda edición convocaba a un premio para la mejor sátira o ironía.

duda ellas tampoco son mucho mejores! Esta es la corrupción moral que prevalece en las clases altas, añadirá, quizá, el sacerdote, quien conoce el fondo de las cosas y de los corazones.

Un conocedor de los hombres busca la manera de desentrañar la formación del criminal. Encuentra en su historia una mala educación, una mala relación familiar entre el padre y la madre, una tremenda severidad para una pequeña falta de este hombre en su pasado, que lo enconó contra el orden social –una primera reacción que lo condujo a marginarse y a no poder preservarse más que por medio del delito–. Habrá personas que cuando escuchen tales cosas dirán: ¿este quiere indultar al asesino! Recuerdo todavía haber escuchado en mi juventud a un alcalde quejarse de que los escritores estaban yendo demasiado lejos, promoviendo vehementemente desarraigar el cristianismo y la honradez: alguien había escrito una defensa del suicidio; despreciable, realmente despreciable. Resultó tratarse, luego de comentarios adicionales, de *Las cuitas del joven Werther*.

Esto significa pensar abstractamente: no ver en el asesino más que esto abstracto, que es un asesino, y a través de esta simple propiedad anular en él todo remanente de la esencia humana. Todo lo contrario a un fino y refinado mundo leipzigiano. Allí cubrieron con coronas de flores la rueda y al criminal a ella atado. –Esto es, sin embargo, nuevamente, la abstracción contrapuesta. A los cristianos les agrada el Rosacrucianismo, o, más aún, impulsar el Cruzrosianismo, coronar la cruz con rosas. La cruz es la horca y la rueda ya hace tiempo santificadas. Ha perdido su significado unilateral de ser simplemente un instrumento del deshonroso castigo, para convertirse, por el contrario, en la representación del más elevado y el más profundo rechazo unidos al éxtasis más jubiloso y al honor más divino. Por el contrario, la [cruz] leipzigiana, atada con violetas y claveles, es una reconciliación superficial y a la

Kotzebue,² un tipo de licenciosa tolerancia entre lo sentimental y lo despreciable.

De una manera muy distinta oí alguna vez a una mujer de edad, común y corriente, una enfermera, matar la abstracción del asesino y elevarlo nuevamente a una vida con honor. La cabeza decapitada había sido colocada sobre el patíbulo bajo la luz del sol. ¡De qué manera tan bella, decía ella, el sol de la gracia de Dios resplandece sobre su cabeza! –No eres digno de que el sol brille sobre tu cabeza, se le dice al pícaro con quien se está enojado. Aquella mujer vio que los rayos del sol iluminaban la cabeza del asesino y que, por lo tanto, todavía era digno de ello. Lo elevó del castigo del patíbulo hacia la gracia soleada de Dios, y no necesitó de violetas y de una vanidad sentimental para llevar a cabo la reconciliación, sino que lo vio, bajo la luz del sol, acogido por la gracia.

¡Anciana, sus huevos están podridos!, dice la compradora a la mujer del mercado. ¿Qué, replica ésta, mis huevos podridos? ¡Es ella la que está podrida! ¿Se atreve ella a decir eso de mis huevos? ¿Ella? ¿No murió su padre acaso en la calle comido por los piojos? ¿No huyó su madre con los franceses, y no murió su abuela en un asilo? ¡Que se compre una camisa completa en lugar de andar usando ese chal de lentejuelas; bien sabemos de dónde sacó ese chal y el sombrero que usa; si no fuera por los oficiales, algunas no estarían hoy en día tan ataviadas; y si las estimadas señoras se ocuparan mejor de sus asuntos domésticos, veríamos a muchos sentados en la cárcel! ¡Que arregle los huecos en sus medias! –

² August von Kotzebue (1762-1819), dramaturgo alemán, nacido en Weimar, de mucha popularidad durante aquel período. Era calificado por Hegel como un “sentimental”, en el mismo sentido de la *Schwermärei*, o “sentimentalismo”, tan detestado por Kant.

En resumen, no le deja ni un hilo completo³. Ella piensa abstractamente, y la subsume – por el sombrero, el chal, la camisa, etcétera, así como por los dedos y otras partes, también al padre y a toda la parentela– únicamente bajo el crimen de haber encontrado los huevos podridos. Todo en ella se ha teñido por completo con esos huevos podridos, mientras que aquellos oficiales de los que la mujer del mercado hablaba –si es que, lo dudo, los hay– habrían visto otras cosas en ella.

Para pasar de la criada al sirviente, ningún sirviente está peor que aquel que trabaja para un hombre de baja posición o pocos ingresos; y por eso estará mejor cuanto más honorable sea su señor. El hombre común, una vez más, piensa más abstractamente; él se da aires de gran señor frente al sirviente y se relaciona con él sólo en cuanto sirviente; a este único predicado se aferra él firmemente. El sirviente se encuentra mejor entre los franceses. El hombre noble se comporta con familiaridad con su sirviente; el francés, en cambio, es incluso un buen amigo con él. Cuando están solos, es el sirviente el que habla, como en *Jacques et son maître* de Diderot: el señor no hace otra cosa que coger su tabaco y mirar su reloj, y deja al sirviente ocuparse de todo lo demás. El hombre noble sabe que el sirviente no es solamente un sirviente, sino que también está enterado de las últimas noticias de la ciudad, conoce a las jóvenes, guarda buenas sugerencias en la cabeza; él le pregunta sobre estos asuntos, y el sirviente puede decir lo que sabe sobre aquello que se le pregunta. Entre los franceses, el sirviente no sólo tiene permitido esto, sino que puede también proponer un tema de discusión, tener su opinión y sostenerla, y cuando el señor quiere algo, no se trata de una orden, sino que debe argumentar a favor de su propia opinión y dar buenas razones para sostenerla y presentarla como la opinión imperante.

³ Expresión coloquial alemana, cuyo equivalente en español vendría a ser: “la ha desplumado”.

En el ejército encontramos la misma diferencia: para los prusianos⁴ el soldado puede ser apaleado, él es por tanto un *canalla*⁵, porque cualquiera que tenga el derecho pasivo de ser apaleado es un canalla. Así, el soldado común es para el oficial este *abstractum* de un sujeto apaleable que, ante un señor de uniforme y *Port d'epée*, debe ceder –y esto para entregarse al diablo.

⁴ Se refiere a los austríacos.

⁵ En francés, en el texto original.